

anulado por causa de importancia. Además, autorizaba la exhumación del cadáver del desventurado Gien, que, como se recordará, valía trescientos mil ducados.

Entonces, conforme lo deseaba, fué César el que, en lugar del duque de Gandía, se encontró omnipotente al lado del papa, no tardando los romanos en notar este virreinato por el paso inmenso y nuevo que Roma dió hacia la disolución. Ya no había sino fiestas, bailes y mascaradas, así como magníficas cacerías, en las que César, que comenzaba a desechar su traje de cardenal, cuyo color le desagradaba y aun le fastidiaba, presentábase vestido a la francesa, seguido, como un rey, de cardenales, embajadores y guardias; de modo que, según dice el cardenal de Viterbo, la ciudad pontifical entera, abandonada como una cortesana a sus orgias y sus excesos, jamás, ni aun en los tiempos de Nerón y de Heliogábalo, había estado más ardiente de sedición, más excitada por la lujuria, más ensangrentada por la carnicería. Jamás se habían reunido tantos males sobre ella; jamás se había visto deshonrada por mayor número de delatores, ni ensangrentada por más esbirros. Era tal la audacia y el número de los ladrones, que no se podía salir de la ciudad, y hasta en su interior pronto no se estuvo seguro. No había casa ni torre que defendieran al vecino. Ya no había derecho ni justicia. El oro, la fuerza y el placer eran los reyes.

Pero el oro fundíase en estas fiestas como en el horno, y Alejandro y César comenzaron a codiciar la fortuna de los mismos que, por su simonía, los habían llevado adonde estaban. La víctima, en el primer ensayo que hicieron de arbitrar fondos por este medio, fué el cardenal de Cosenza. He aquí con qué motivo:

Habíase concedido hacía ya algún tiempo una dispensa a una religiosa profesa, última heredera de la corona de Portugal, en virtud de la cual había contraído matrimonio esta religiosa con un hijo natural del último rey. Este casamiento era grandemente perjudicial a los intereses de Fernando e Isabel de España; por lo que enviaron embajadores al papa quejándose de tal procedimiento, en el instante en que iba a concertarse una alianza entre la casa de Aragón y la Santa Sede. Alejandro que comprendió estas quejas quiso atenderlas, para lo cual negó haber tenido conocimiento de ese breve, no obstante haber

recibido sesenta mil ducados por firmarlo, y acusó al arzobispo de Cosenza, secretario de los breves apostólicos, de haber entregado una dispensa falsa. Esta acusación llevó al arzobispo de Cosenza al castillo de Sant'Angelo y comenzó su proceso.

Sin embargo, como no era cosa fácil probar semejante acusación, sobre todo si el arzobispo se obstinaba en sostener que la dispensa había sido dada realmente por el papa, resolvióse utilizar respecto al acusado una treta que no podía dejar de tener éxito.

Una noche vió el arzobispo de Cosenza que el cardenal Valentino entraba en su prisión; con aquel aire abierto y afable que tan admirablemente sabía tomar cuando podía serle útil, iba a exponer al preso la dificultad en que se encontraba el papa, y de la que únicamente podía sacarle el arzobispo, al cual Su Santidad consideraba como su mejor amigo.

El arzobispo contestó que se hallaba en absoluto a las órdenes de Su Santidad.

Entonces César Borgia sentóse al otro lado de la mesa en la que al entrar había encontrado echado de codos al cautivo, y le expuso la situación de la Santa Sede: era embarazosa. En el momento de contraer con la casa de Aragón alianza tan importante como la de Lucrecia y don Alfonso, era imposible confesar a Fernando e Isabel que por unos cuantos miserables ducados el papa hubiese firmado una dispensa que reunía entre el marido y la mujer todos los derechos legítimos a una corona sobre la que Fernando e Isabel, por su parte, sólo habían tenido derechos de conquista. Esta confesión, por necesidad, rompería todas las negociaciones, y la casa pontifical iba a caer, chocando contra el pedestal que precisamente debía servirle para aumentar su grandeza. El arzobispo de Cosenza debía, pues, comprender que lo que el papa esperaba de su abnegación y de su amistad era que confesase pura y simplemente que él había creído poder tomar la responsabilidad de conceder esa dispensa.

Ahora bien; como el juicio de esta falta debía ser sometido al mismo papa, fácil le era comprender de antemano al acusado que la sentencia sería en absoluto paternal. Además, el mismo que debía sentenciar era el que debía dar la recompensa, y si aquella era la de un padre, en

cambio ésta sería la de un rey y consistiría nada menos que en asistir como legado, y con título de cardenal, a la ceremonia del casamiento de Lucrecia y Alfonso, favor que le correspondía por completo, puesto que debido a su abnegación, el matrimonio se habría realizado.

El arzobispo de Cosenza conocía a los hombres con quienes trataba: sabía que nada les haría retroceder para conseguir su objeto; no ignoraba que poseían unos polvos con gusto y olor a azúcar, imposibles de distinguir si se echaban en la comida, y que producían la muerte rápida o lentamente, según su deseo, y sin dejar rastro; conocía el secreto de una llave envenenada que constantemente pendía de la chimenea del papa, de modo que, cuando Su Santidad quería deshacerse de alguno de sus familiares, le ordenaba que abriera cierto armario: ahora bien, como el aro de la llave tenía una puntita, y funcionaba con alguna dificultad, era preciso apretar algo la mano y la cerradura cedía a costa de un pequeño pinchazo, que siempre era mortal. Finalmente, sabía que César usaba un anillo con dos cabezas de león, las cuales, cuando quería estrechar la mano a un *amigo*, volvíanse hacia dentro y los dientes de los leones se convertían en dientes de vibora, y el *amigo* moría maldiciendo a Borgia. Cedió, pues, medio arrastrado por el temor, medio deslumbrado por la recompensa, y César regresó al Vaticano provisto del precioso documento por el cual el arzobispo de Cosenza reconocíase como único culpable de la dispensa concedida a la regia enclaustrada.

Dos días después, gracias a las pruebas que el arzobispo había proporcionado, el papa, en presencia del gobernador de Roma, del Auditor de la Cámara Apostólica, del abogado y del procurador fiscal, pronunció la sentencia condenando al arzobispo de Cosenza a perder todos sus beneficios y cargos eclesiásticos, a sufrir la degradación de sus órdenes y a la confiscación de sus bienes: en cuanto a su persona, debía ser entregada al magistrado civil. Al cabo de otros dos días, esta autoridad se dirigió a la cárcel para cumplir su misión, conforme se la encargara el papa, y entró en el calabozo del arzobispo, seguido de un escribano, dos sirvientes y cuatro guardias. El escribano desenrolló el papel que llevaba, y leyó la sentencia: entonces los dos sirvientes sacaron de un paquete una so-

tana de paño blanco, unos calzones de un tejido parecido y unos zapatos gruesos, y, despojando al preso de sus hábitos episcopales, lo revistieron con ellos. Finalmente los guardias se apoderaron de él y lo condujeron a uno de los más profundos calabozos de Sant'Angelo, en donde encontró por todo mobiliario un crucifijo de madera, una mesa, una silla y una cama; por toda distracción, una lámpara, una Biblia y un breviario, y por todo alimento, dos libras de pan y un barril de agua, que, lo mismo que una botellita de aceite para alimentar la lámpara, se renovaría cada tres días.

Un año después, el arzobispo moría de desesperación, con los brazos roídos.

El mismo día en que el preso fué llevado al calabozo, César Borgia, que con tanta habilidad supo dirigir este asunto, fué puesto por el papa en posesión de todos los bienes del sentenciado.

No eran, sin embargo, las cacerías, los bailes y las mascaradas los únicos placeres del papa y su familia: de tiempo en tiempo se daban extraños, feroces e impúdicos espectáculos, que no describiremos por respeto a nuestros lectores, por más que el alemán Buchard los ha descrito minuciosamente en la historia.

La astucia de que César Borgia se valió contra el arzobispo de Cosenza tuvo el resultado que se deseaba. No pudiendo imputar los *Reyes Católicos*, Fernando e Isabel, a Alejandro VI la firma del breve de que se habían quejado, ya nada se oponía al casamiento de Lucrecia con Alfonso; y esta certidumbre causó al papa una alegría inmensa, puesto que atribuía tanta más importancia a esta unión, cuanto que ya soñaba en otra, entre César y doña Carlota, hija de Federico.

En efecto, César, por todos sus actos desde la muerte de su hermano, había dado a comprender su poca vocación por la vida eclesiástica; de suerte que nadie se asombró cuando, habiendo reunido Alejandro VI una mañana el consistorio, César entró en él, y, dirigiéndose al papa, comenzó por decir que desde su juventud habíase inclinado por sus tendencias y su genio, hacia las profesiones seculares, y que sólo por obedecer a los mandatos absolutos de Su Santidad había ingresado en la Iglesia, había aceptado la púrpura, las demás dignidades, y, finalmente,

la sagrada orden del diaconado; que, comprendiendo que, a su edad, y en su situación, convenía tan poco abandonarse a sus deseos como imposible resistir a ellos, suplicaba humildemente a Su Santidad tuviera a bien condescender a sus invencibles propensiones y que le concediera abandonar los hábitos y dignidades eclesiásticas, a fin de poder volver al siglo y contraer un matrimonio legítimo, rogando al mismo tiempo a los señores cardenales que se dignaran interceder por él ante Su Santidad, en cuyo poder, y por su libre voluntad, dejaba las iglesias, abadías y beneficios, así como todas las dignidades y mercedes eclesiásticas que había recibido. Los cardenales accedieron, por voto unánime, a la petición de César, confiando al papa la decisión de este asunto; y, como era de presumir, el papa, buen padre y no queriendo forzar las inclinaciones de su hijo, aceptó la renuncia y le concedió lo pedido. César dejó inmediatamente la púrpura, que, según dice su historiador Tommasi, no tenía con él otra relación que el ser de color de sangre.

En verdad, esta renuncia era urgente, y no había tiempo que perder.

Carlos VIII había ido un día de caza y vuelto de ella tarde y cansado; lavóse la cabeza con agua fría y, por sentarse en seguida a la mesa, sufrió un ataque de apoplejía después de comer. De resultas de este ataque falleció dejando el trono al buen Luis XII, su sucesor, el cual tenía dos grandes debilidades, que, por lo demás, fueron tan desdichadas una como otra: la primera, el placer de conquistar; la segunda, la pretensión de tener hijos.

Pues bien, Alejandro VI, que estaba al acecho de todo cambio político, calculó de la primera ojeada todo el partido que podía sacar del advenimiento de Luis XII al trono, y estaba dispuesto a aprovecharse de la necesidad que el nuevo rey de Francia tendría de él para realizar su doble deseo.

Luis XII necesitaba de la ayuda temporal de Alejandro VI para su expedición contra el ducado de Milán, sobre el cual, como hemos dicho, tenía derechos heredados de su abuela Valentina Visconti; también necesitaba el auxilio espiritual del papa si había de lograr que fuese anulado su matrimonio con Juana, hija de Luis XI, que era estéril y monstruosamente deforme, y con la que

sólo se había casado por el temor que su padre le inspiraba.

Ahora bien; Alejandro VI hallábase dispuesto no sólo a conceder estas cosas a Luis XII, sino a dar además un capelo de cardenal a Jorge d'Amboise, su amigo, si por su parte el rey de Francia quería emplear su influencia para que la joven doña Carlota, que estaba en aquella corte, se decidiese a casarse con César.

Así, pues, esta negociación estaba ya bastante avanzada, el mismo día en que César dejaba la púrpura para vestir el traje seglar, antiguo y constante objeto de su ambición, y el señor de Villeneuve, enviado del rey Luis XII, que debía llevar a César a Francia, llegaba a Roma y se presentaba ante el ex cardenal, el cual, durante un mes, le hizo los honores de Roma, con su acostumbrado lujo, agasajándole conforme sabía hacerlo con aquellos de quienes necesitaba. Después de esto, partieron, precedidos de un correo del papa que ordenaba a los pueblos por donde debían pasar que los recibiesen con toda clase de manifestaciones de honor y de respeto. Por lo demás, iguales órdenes se habían dictado en Francia, donde se dió a los ilustres viajeros una guardia tan numerosa y donde acudió para verlos una población tan solícita que, cuando César hubo pasado de París, la gente de su séquito escribía a Roma que no habían visto en Francia, ni árboles, ni casas, ni muros, sino únicamente hombres, mujeres y rayos de sol.

El rey, con el pretexto de la caza, salió a recibir a su huésped a diez leguas de la ciudad: allí, no ignorando lo mucho en que César tenía el nombre de Valentino, que llevaba cuando era cardenal, y que seguía usando aún con el título de conde, aunque había resignado el arzobispado que le concedió ese nombre, le otorgó la investidura de Valence, del Delfinado, con el título de duque y una pensión de veinte mil francos; luego, después de haberle hecho esta magnífica merced y de haber conversado con él cerca de dos horas, lo dejó para darle ocasión de hacer la espléndida entrada que le había preparado.

Esto sucedía el miércoles 18 de diciembre de 1498, día en que César Borgia hizo su entrada en la ciudad de Chinon, con tanto aparato como convenía al hijo de un papa que va a casarse con la hija de un rey.

Componíase el cortejo de veinticuatro mulas cubiertas con gualdrapas rojas, adornadas con escudos que encerraban las armas del duque, las cuales llevaban arcones esculpados y cofres incrustados de marfil y plata; luego venían otras veinticuatro mulas, también cubiertas con gualdrapas, pero éstas con la librea del rey de Francia que era amarilla y roja; seguían a éstos otras diez mulas cubiertas de raso amarillo con listas rojas al través; y, finalmente, otras diez, cubiertas con paño de oro con lista, una de oro rizado, y otra de oro liso.

Detrás de las sesenta y ocho mulas que abrían la marcha, seguían diez y seis hermosos caballos de batalla que eran conducidos de la brida por otros tantos escuderos que marchaban a pie al lado; después venían diez y ocho corceles para caza, montados por diez y ocho pajes, todos de catorce a diez y seis años, de los cuales diez y seis iban vestidos de terciopelo carmesí y dos de paño de oro rizado. Finalmente, a esos diez y ocho corceles seguían seis hermosas mulas enjaezadas por completo de terciopelo rojo y conducidas por seis criados que vestían un terciopelo igual al de los arneses.

El tercer grupo lo formaban dos mulas, completamente cubiertas de paño de oro, cada una de las cuales iba cargada con dos cofres, los cuales decíase que eran el tesoro del duque, con las pedrerías que llevaba a su novia, y algunas reliquias y bulas que debía entregar al buen rey Luis XII en nombre de Alejandro VI. Los cofres iban seguidos por veinte gentileshombres vestidos de paño de oro y de plata, entre los que se hallaban Pablo Giordano Orsini y muchos de los principales barones y caballeros del estado eclesiástico.

Seguían después dos tamboriles, un rabel y cuatro soldados que tocaban trompetas y clarines, de cuatro lacayos, vestidos mitad de terciopelo carmesí y de plata; luego, en medio mitad de seda amarilla, messire Jorge d'Amboise y monseñor el duque de Valentinois, el cual montaba un hermoso corcel de gran alzada, ricamente enjaezado, con traje de raso rojo y paño de oro, por mitad, todo bordado de oro y pedrerías; su gorra estaba orlada por una doble hilera de rubíes, del grueso de un haba, que lanzaban tan vivos destellos, que se hubieran tomado por esos carbunclos que no se encuentran más

que en *Las mil y una noches*; lucía, además, un collar que lo menos valía doscientas mil libras; en fin, hasta en las botas que estaban bordadas con perlas, llevaba cordones de oro. En cuanto a su caballo, iba cubierto con una coraza de hojas de oro de admirable orfebrería, de la cual salían, como flores, ramos de peras y racimos de rubíes.

Finalmente, y cerrando la marcha de este magnífico cortejo, detrás del duque, iban veinticuatro mulas con gualdrapas rojas, que ostentaban sus armas, las cuales conducían la vajilla de plata, las tiendas y el equipaje.

Sin embargo, lo que más aire de magnificencia daba a este cortejo, era que todos aquellos caballos y mulas estaban herrados con herraduras de oro, tan mal clavadas, que más de las tres cuartas partes se quedaron en el camino; magnificencia que, después de todo, le fué muy criticada a César, pues se opinaba demasiada osadía poner así en los pies de los caballos el metal con que se hace la corona de los reyes.

Toda aquella pompa, sin embargo, no logró causar efecto sobre la persona por quien se había desplegado; porque, cuando dijeron a doña Carlota que César Borgia había ido a Francia con la esperanza de llegar a ser su marido, ella limitóse a responder que jamás tomaría por esposo a un hombre que no sólo era sacerdote, sino también hijo de sacerdote; no sólo asesino, sino también fratricida; y finalmente, no sólo un hombre infame por su nacimiento, sino que sus costumbres y sus acciones le habían hecho más infame aún.

Pero, a falta de la orgullosa aragonesa, no tardó César Borgia en encontrar otra princesa de sangre noble que consintió en ser su esposa; ésta era mademoiselle d'Albret, hija del rey de Navarra; el casamiento que se concertó bajo la condición de que el papa daría doscientos mil ducados de viudedad a la futura y haría cardenal a su hermano, verificóse el 10 de mayo; y el día de Pentecostés siguiente, el duque de Valentinois recibió la investidura de la Orden de San Miguel, fundada por Luis XI, y que, en aquella época, era la que en más estima tenían los reyes de Francia. La noticia de este casamiento, que aseguraba a Roma la alianza de Luis XII, fué recibida con gran alegría por el papa, el cual ordenó inmediatamente que se

pusieran iluminaciones y se encendieran candeladas por toda la ciudad.

Por su parte, Luis XII, además del reconocimiento que debía al papa por haber anulado su unión con Juana de Francia y autorizado su casamiento con Ana de Bretaña, consideraba indispensable para sus proyectos en Italia tener por aliado a Alejandro VI, por lo que prometió al duque de Valentinois que, una vez entrase en Milán, pondría a su disposición trescientas lanzas, para que las empleara en su interés particular y contra quien le pareciera, excepto contra los aliados de Francia. En cuanto a la conquista de Milán, debía emprenderse tan pronto como Luis XII estuviera seguro del apoyo o siquiera de la neutralidad de los venecianos, a los que había enviado embajadores, los cuales estaban autorizados para prometerles, en su nombre, la entrega de Cremona y de Ghiera d'Adda, así que él conquistase la Lombardía.

La política invasora de Alejandro VI veíase, pues, secundada en el exterior, cuando se vió obligado a desviar los ojos de Francia para dirigirlos al centro de Italia; era que en Florencia se hallaba un hombre sin ducado, sin corona, sin espada, sin otro poder que el de su genio, sin otra armadura que su pureza, ni otra arma ofensiva que su palabra, y que comenzaba a ser para él más peligroso de lo que podían serlo todos los reyes, duques y príncipes de la tierra; aquel hombre no era otro que el pobre dominico Savonarola, el mismo que había negado la absolución a Lorenzo de Médicis, porque éste no quiso devolver la libertad a su patria.

Jerónimo Savonarola había predicho que los ultramontanos entrarían en Italia, y Carlos VIII había conquistado a Nápoles; Jerónimo Savonarola había vaticinado a Carlos VIII que, en castigo de haber dejado por cumplir la misión libertadora que recibió de Dios, estaba amenazado por una desgracia, y Carlos VIII murió; en fin, lo mismo que aquel hombre que, dando vueltas alrededor de la Ciudad Santa, había gritado ocho días seguidos: «¡Ay de ti, Jerusalén!» y al noveno gritó: «¡Ay de mí!» Savonarola predijo su propia caída; pero, aunque incapaz de retroceder ante el peligro, no por eso el reformador florentino estaba menos resuelto a atacar al coloso de abominación que ocupaba la silla de San Pedro; y a cada

nuevo exceso, o a cada nuevo crimen que aparecía descaradamente a la luz, o que vergonzosamente intentaba ocultarse en la obscuridad, él lo señalaba al pueblo con el dedo, persiguiendo con su anatema aquel resultado de la lujuria o de la ambición pontifical. El marcó con la afrenta y con su censura los nuevos amores de Alejandro VI con la hermosa Julia Farnesio, que, en el mes de abril había añadido un hijo más a la familia del papa; persiguió con sus maldiciones el asesinato del duque de Gandía, fratricidio causado por los celos de un incestuoso, acabando por demostrar a sus compatriotas, que se hallaban excluidos de la liga que se formaba en ese momento, la suerte que les estaba reservada cuando los Borgia, dueños de los pequeños principados, llegaran a atacar a los ducados o a las Repúblicas. Este era, pues, un enemigo espiritual y temporal a un mismo tiempo que se levantaba contra él, y cuya voz importuna y amenazadora importaba hacer callar a cualquier precio.

Sin embargo, por grande que fuera el poder del papa, no era cosa fácil de realizar tal designio. Savonarola, que predicaba los austeros principios de la libertad, logró reunir, de entre los mismos que formaban la rica y voluptuosa Florencia, un partido considerable, conocido bajo el nombre de los *piagnoni* o los penitentes. Este partido componíase de los ciudadanos que, deseando a la vez una reforma en el Estado y en la Iglesia, acusaban al mismo tiempo a los Médicis como causantes de la esclavitud de la patria, y a los Borgia de los quebrantos sufridos por la fe, pidiendo que la República volviera a su principio popular, y la religión a su sencillez primitiva. Por lo demás, en lo que al primero de esos puntos se refería ya había hecho este partido grandes progresos, puesto que, no obstante las otras dos fracciones—la de los *arrabiati*, o rabiosos, que se componía de los jóvenes patricios más ricos y más nobles de Florencia, los cuales deseaban un gobierno oligárquico, y la de los *bigi*, o los grises, así llamados porque conspiraban a la sombra, que querían que los Médicis fuesen restaurados,—había obtenido sucesivamente la amnistía de todos los crímenes y delitos cometidos en las épocas de los anteriores gobiernos, la abolición de la bailía, que era un poder aristocrático, el establecimiento de un consejo soberano, que lo componían mil ochocientos ciu-

dadanos, y las elecciones populares en substitución del sorteo, o de las preferencias oligárquicas.

La primera medida que el papa empleó contra el creciente poder de Savonarola consistió en declararlo herético, y, como tal, prohibirle el púlpito; pero Savonarola supo eludir esta prohibición haciendo que en su lugar predicase Domingo Bonvicini de Pescia, su discípulo y amigo. Esto dió por resultado que los preceptos del maestro sólo cambiaban de boca, puesto que la semilla, aunque esparcida por otra mano, no por eso dejaba de caer en tierra fértil y ardiente que la haría germinar. Después de todo, Savonarola, estableciendo para lo futuro el ejemplo seguido tan felizmente por Lutero, cuando veintidós años más tarde hizo quemar en Vitemberg la bula de excomunión de León X, cansado de su silencio, no tardó en declarar, basándose en la autoridad del papa Pelagio, que una excomunión injusta carecía de eficacia, y que aquel contra quien se fulminaba ni siquiera tenía necesidad de hacerse absolver; y como consecuencia, el día de Navidad del año 1497, declaró que por inspiración del Señor se zafaba de la obediencia, en vista de la corrupción del superior, y volvió a predicar en la catedral con tanto mayor éxito cuanto que sus sermones habían sido interrumpidos, y con tanta mayor influencia, cuanto que se apoyaba sobre las simpatías que inspira siempre a las masas una persecución injusta.

Entonces el papa, para conseguir su objeto, dirigióse a Leonardo de Médicis, vicario del arzobispado de Florencia, el cual, obedeciendo las órdenes que de Roma había recibido, publicó un mandamiento para impedir a los fieles que fueran a oír los sermones de Savonarola. Según ese mandamiento, los que escuchasen la palabra del excomulgado no podrían recibir los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, y como, si morían, estarían tachados de herejía, en vista de su comercio espiritual con un herético, sus cadáveres serían arrastrados y no se les daría sepultura. Savonarola apeló contra el mandamiento de su superior, y en los comienzos del año 1498 los dos poderes reunidos ordenaron al vicario episcopal que saliera de Florencia en el término de dos horas.

Para Savonarola, la expulsión de Leonardo de Médicis fué un nuevo triunfo; así, pues, queriendo que tornara

en provecho de la mejora de costumbres su influencia creciente, resolvió cambiar el último día de Carnaval, hasta entonces consagrado a los placeres mundanos, en día de contrición religiosa. En efecto, el mismo martes de Carnaval se reunió ante las puertas de la Catedral un considerable número de niños, los cuales, divididos en secciones, fueron recorriendo las calles y entraban de casa en casa reclamando los libros profanos, las pinturas voluptuosas, las arpas y laúdes, los naipes y los dados, los cosméticos y los perfumes, en una palabra, «todos esos mil productos de una civilización y de una sociedad corrompidas con ayuda de los cuales con tanta frecuencia y tan victoriosamente hace Satanás la guerra a Dios». Y los habitantes de Florencia, obedeciendo a esta intimación, llevaron a la plaza del Duomo todas aquellas obras de perdición, con las que no tardaron en formar una inmensa pira, a la que los jóvenes reformadores prendieron fuego, cantando himnos y salmos religiosos. Allí fueron quemados gran número de ejemplares de Boccaccio, de Morgante Maggiora y los cuadros de fray Bartolomé, que desde entonces renunció a la pintura mundana para dedicarse por completo a la reproducción de asuntos religiosos.

Semejante reforma era a cada momento más aterradora para Alejandro VI; así, pues, resolvió combatir a Savonarola valiéndose de las mismas armas con que él le atacaba, es decir, con la elocuencia, para lo cual escogió un predicador de reconocido talento llamado el hermano Francisco de la Apulia, al que envió a Florencia, donde comenzó a predicar en la iglesia de la Santa Cruz acusando a Savonarola de herejía y de impiedad. Al mismo tiempo el papa declaró a la *Señoría*, por medio de un nuevo breve, que, si no prohibía la palabra al heresiarca, confiscaría todos los bienes de los comerciantes florentinos establecidos en territorio pontificio y pondría en entredicho y declararía a la República enemiga espiritual y temporal de la Iglesia. La *Señoría*, viéndose abandonada por Francia y al observar que el poder material de Roma crecía de un modo terrible, se vió en la necesidad de ceder, y ordenó a Savonarola que cesase en sus predicaciones. Savonarola obedeció, despidiéndose de su auditorio con un discurso lleno de firmeza y de elocuencia.

Sin embargo, la retirada de Savonarola, lejos de cal-

mar la fermentación, la aumentó: hablábase de sus profecías realizadas; y algunos sectarios más ardientes que el maestro, dejándose llevar de su entusiasmo, decían en alta voz que Savonarola había ofrecido bajar a las tumbas de la catedral con su antagonista, y que allí como prueba de la verdad de su doctrina, resucitaría un muerto, prometiendo reconocerse vencido si el milagro lo hacía su adversario. El hermano Francisco de la Apulia recogió estos rumores, y, como éste era uno de esos hombres ardientemente apasionados, que en nada aprecian la vida cuando el sacrificio de ella puede ser útil a su causa, declaró, en su humildad, que era demasiado gran pecador para que Dios le concediera la gracia de operar un milagro; pero propuso otro desafío, que era entrar con Savonarola en una pira ardiendo. No se le ocultaba que en esta prueba iba tal vez a perecer, pero al menos moriría vengando la causa de la religión, puesto que tenía la seguridad de arrastrar con él al tentador que, con la suya, tantas almas precipitaba a la condenación eterna.

Se comunicó a Savonarola lo que el hermano Francisco de la Apulia proponía; pero como el primer reto no había sido lanzado por él, vacilaba en aceptar el segundo cuando su discípulo, el hermano Domingo Bonvicini, más confiado que él mismo en su propio poder, declaró que él aceptaba en lugar de su maestro la prueba del fuego, pues tenía la seguridad de que Dios haría un milagro por la intercesión de su profeta. En el mismo instante se difundió por Florencia el rumor de que el desafío había sido aceptado; los partidarios de Savonarola, hombres todos muy convencidos, no dudaron del triunfo de su causa. Sus enemigos no cabían en sí de gozo al ver que un herético iba a entregarse por sí mismo a las llamas; por último, los indiferentes consideraban esa prueba como un espectáculo lleno de terrible interés.

Pero al hermano Francisco de la Apulia no le tenía cuenta la abnegación del discípulo de Savonarola, Domingo Bonvicini, pues él aceptaba de buen grado la horrorosa muerte a condición de que el reformador de Florencia muriera con él. ¿Qué le importaba la desaparición de un oscuro discípulo como Bonvicini? A quien quería arrastrar en su caída era al maestro, al jefe de la doctrina, y declaró que sólo entraría en la hoguera con

el mismo Savonarola, y que jamás aceptaría, al entrar por su propia cuenta en aquel terrible juego, que otro lo jugara en representación de su adversario.

Ocurrió entonces una cosa que, por cierto, no se debía esperar, y es que, en lugar de fray Francisco de la Apulia, que únicamente quería combatir con el maestro, dos frailes franciscanos, llamados Nicolás de Pilly, el uno, y Andrés Rondinelli el otro, se presentaron para hacerlo con el discípulo. Los partidarios de Savonarola, al ver que llegaba ese refuerzo a sus antagonistas, presentáronse inmediatamente en tropel para intentar la prueba. No quisieron los franciscanos quedarse atrás por su parte, y todo el mundo tomó partido, con el mismo ardor, por el uno o por el otro. Florencia entera parecía una casa de locos: todos solicitaban la hoguera, todos querían que se les dejase pasar por ella; y no eran ya sólo los hombres los que se desafiaban entre sí, sino que las mujeres y hasta los niños también querían hacer la prueba.

Al fin, la *Señoría*, reservando sus derechos a los que primero se habían comprometido, ordenó que se verificase el extraño duelo sólo entre fray Domingo Bonvicini y Andrés Rondinelli; diez ciudadanos debían arreglar los detalles del acto, el cual debía tener lugar en la plaza del Palacio, el día 7 de abril de 1498.

Los jueces de campo, como gente de conciencia, tomaron sus disposiciones y, gracias a sus cuidados, levantóse un tablado en el sitio designado, el cual medía cinco pies de altura por diez de ancho y ochenta de largo. Este tablado se cubrió por completo de haces de leña y de brezos, sostenidos por barandas hechas con madera de la más seca que se pudo encontrar, pero dejando dos estrechos senderos de unos dos pies de ancho y de setenta de largo, a los que se entraba por el lado de la Loggia dei Lanzi y se salía por el extremo opuesto. La Loggia habíase dividido en dos mitades con un tabique, a fin de que cada campeón tuviese una especie de camarín para hacer sus preparativos, como los actores tienen en el teatro, con la diferencia de que la tragedia que se iba a representar no era una ficción.

Los franciscanos llegaron a la plaza y se encaminaron al lugar que les estaba reservado, sin hacer ninguna demostración religiosa; Savonarola, en cambio, se dirigió

a su sección procesionalmente, cubierto con los ornamentos sacerdotales con que acababa de celebrar el oficio divino, y llevando la hostia consagrada encerrada en una custodia de cristal para que todos pudieran verla. En cuanto a su discípulo Bonvicini de Pescia, el héroe de la fiesta, seguía detrás con un crucifijo; iban luego todos los frailes dominicos, con una cruz roja en la mano, cantando salmos, y cerraban la marcha sus más decididos partidarios llevando antorchas encendidas en la mano; era tanta la seguridad que tenían del triunfo de su causa, que ellos mismos querían prender fuego a la pira. La plaza era insuficiente para contener la multitud y las calles adyacentes se veían también llenas de gente. Por puertas y ventanas no se veían más que cabezas superpuestas unas a otras; las azoteas estaban cubiertas de gente, llegando algunos hasta ocupar la plataforma del Campanile y el tejado del Duomo.

En esto, frente a la prueba, los franciscanos suscitaron tales dificultades, que era evidente que su campeón comenzaba a flaquear.

Lo primero que expusieron fué el temor de que el hermano Bonvicini podía ser brujo, y, como tal, tener consigo algún talismán o hechizo que lo pudiera defender del fuego, por lo que exigieron que se despojara de todas sus ropas y vistiera otras, previamente registradas por los testigos. Fray Bonvicini nada objetó, a pesar de lo humillante de la sospecha, y cambió de camisa y de hábito. Después, viendo los franciscanos que Savonarola le entregaba la custodia, alegaron que era una profanación exponer así la Santa Hostia a que se quemara; que eso no entraba en las condiciones por ellos aceptadas, y que si Bonvicini no renunciaba a esa ayuda sobrenatural, por su parte renunciarían a la prueba. Savonarola les contestó que no había nada de extraño en que el campeón llevara en sus manos al mismo Dios, puesto que en Él había confiado su salvación. Esto no pareció satisfacer a los franciscanos, los cuales no desistían de sus pretensiones. Savonarola, por su parte, mantúvose inflexible, de modo que, como transcurrieran cerca de cuatro horas en discusiones, en las que nadie quería ceder, las cosas quedaron en el mismo estado. Durante ese tiempo, el pueblo, que desde el alba permanecía estacionado en las calles, tejados y azoteas, sufriendo

hambre y sed, comenzó a dar pruebas de impaciencia, las cuales, en murmullos, llegaron hasta los campeones; tanto, que los partidarios de Savonarola, seguros de un milagro, por lo mucho que en él creían, le suplicaban que cediera a todas las condiciones.

La respuesta de Savonarola fué que, de ser él quien intentara la prueba, se mostraría más conciliador; pero que, como no era él el que iba a intentarla, todas las precauciones que tomase serían pocas. Pasaron dos horas más, durante las cuales sus partidarios en vano intentaron combatir estas negativas. Por último, al ver que la noche avanzaba, que la impaciencia del pueblo iba en aumento y que los murmullos comenzaban a ser amenazadores, Bonvicini declaró que estaba dispuesto a cruzar sobre la pira llevando únicamente en la mano un crucifijo, y como esta petición no se le podía negar, fray Rondinelli vióse obligado a aceptar la proposición. Se anunció, pues, al pueblo, que los campeones se habían puesto de acuerdo y que la prueba iba a verificarse. La esperanza de ver compensada su larga espera logró calmar al pueblo, pero en ese mismo instante se desencadenó una tormenta que desde hacía largo tiempo se acumulaba sobre Florencia, con tal fuerza, que, en un momento, la lluvia apagó la pira siendo imposible volver a encenderla. Aquella muchedumbre se creyó burlada y su entusiasmo se convirtió en desprecio, y no sabiendo de qué lado provenían las dificultades que habían retardado la prueba, la responsabilidad recayó sobre ambos campeones. La *Señoría*, en previsión de los desórdenes que pudieran sobrevenir, ordenó a la asamblea que se retirara; pero ésta no lo hizo, y no obstante la lluvia torrencial que caía, esperó en la plaza a que salieran ambos campeones. Rondinelli fué acompañado en medio de una rechifla general y lo persiguieron a pedradas. Savonarola logró pasar sin dificultad entre el populacho gracias a sus ornamentos sacerdotales y a la custodia que llevaba en la mano, lo que constituía un milagro casi tan notable como si hubiera pasado por en medio de la hoguera.

Savonarola fué considerado desde ese momento como un falso profeta, y aquella multitud excitada por el partido de los *arrabiati*, que desde hacía mucho tiempo lo proclamaba como embustero e hipócrita, con pesar lo